Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel

SUSCEPTIBILIDADES MEXICANAS

JEAN-FRANÇOIS REVEL

El subdesarrollo no se define solamente en términos económicos. Es un estado de ánimo cuyos estigmas psicológicos no dependen sólo del nivel de vida. Pueden padecerlos pueblos ricos, aun cuando todavía no los hubieran contraído antes de hacerse prósperos. Así, una corrupción "a la mexicana" o "a la africana" empezó a devastar la economía y a minar la democracia en Italia, en España, en Francia, en Bélgica, en Japón, sin que la pobreza pudiera servirles de excusa, en el momento en que sin embargo, esos países accedían a la mayor abundancia de su historia. Otro rasgo cultural del México de los años cincuenta, que encontré en la Francia, en la España y en la Grecia de los años ochenta y noventa, es la admiración, incluso la adoración del pueblo por los crápulas que lo despojan. Amar a su propio ladrón, más aún, votar por él en homenaje al virtuosismo que muestra la extensión de sus hurtos, constituye un acto de sumisión desinteresado, pero degenerado, si los hubo, a la fuerza y la astucia.

Sin embargo, los indicios de atraso más graves, en ese tipo de sociedad, son la megalomanía xenófoba y el elogio desvergonzado de sí mismo. Son el revés de una duda punzante. Se aferran a ese salvavidas lamentable que es el hecho de atribuir a los extranjeros o a los adversarios la responsabilidad de los fracasos sufridos y de los sentimientos de frustración que se resienten tanto en el orden cultural como en el orden económico. Así, el 10 de mayo de 1994, Miterrand les "concede" a dos periodistas de dos canales principales de televisión, TF1 y France 2, una entrevista que se reduce, por supuesto, según la costumbre presidencialista, a un monólogo dialogado –si se me permite esta fórmula contradictoria, aunque conforme a la realidad. Al disertar con compunción sobre las causas del desempleo en Francia, el presidente de la República identificaba a tres de ellas: la crisis económica norteamericana, las tasas de interés alemanas demasiado elevadas, la supresión de la autorización administrativa de licencia para las empresas por parte de la derecha francesa, en 1986, bajo el gobierno de Chirac llamado de la "primera cohabitación". La objeción que cualquier estudiante del primer año de economía o de historia hubiera podido hacerle a Miterrand, es que, lejos de exportar una crisis que no tenían, o que ya no tenían, los Estados Unidos habían atravesado, de principios de 1983 a pincipios de 1990, el periodo de crecimiento continuo más fuerte de toda su historia desde el fin de la guerra de Secesión, una expansión que había beneficiado al mundo entero... salvo a Francia. ¿Por qué? Es lo que los periodistas debían preguntarle. En cuanto a las tasas de interés alemanas, su influencia sobre las nuestras resultaban de las obligaciones aceptadas de la Unión monetaria europea. En fin, el gran salto del desempleo en Francia, que subió de un millón setencientos mil a casi tres millones de afectados, se produjo de 1981 a 1983, por lo tanto mucho antes del triunfo de la derecha en las elecciones de 1986 y de la supresión de la autorización administrativa de licencia, que fue además instaurada por la misma derecha, bajo Pompidou. Aquí recojo no opiniones mías, sino hechos de notoriedad pública, que nuestros dos interrogadores autorizados evitaron escrupulosamente evocar frente a Miterrand. En lugar de devolverle la pelota, se prosternaban para recogérsela a lo largo de la emisión y se la tendían, para que prosiguiera con su pesado soliloquio. Una parte de la prensa francesa, muy mexicanizada, les pisó los talones al día siguiente, alabando "la forma sorprendente" del brillante septuagenario que nos había enredado tan bien. Siguiendo el análisis presidencial, en efecto, los franceses podían estar tranquilos e incluso felicitarse: eran los únicos, gracias por supuesto a su presidente, jefe de Estado desde hacía doce años, que no tenían ninguna responsabilidad en la continua progresión de su propia tasa de desempleo, la más elevada de los países industrializados después de la española. Algunas invectivas rituales sobre los destrozos del reaganismo y del thatcherismo, pese a que los Estados Unidos y el Reino Unido mostraran un crecimiento superior y un desempleo inferior a los de Francia, sirvieron para envolver el paquete. Hacía mucho que cumplían la función de pensamiento en-

• Fragmentos del libro *Memories. Le voleur dans la maison vide*, Plon, París, 1997. El título es de la redacción.

tre nuestros políticos y politólogos. La risa burlona les servía de razonamiento.

¡Cómo había yo deplorado, en los mexicanos, ese suicidio de la ciudadanía que consistía en echarle a los Estados Unidos de América la responsabilidad de todo lo que no funcionaba en su país! ¡Qué amargura diagnosticar la misma lamentable enfermedad moral en mis compatriotas, enfermedad que Miterrand se limitaba a mantener, pues el gran inoculador del virus de ese tipo de tercermundización mental había sido De Gaulle!

En el seno de las elites, la xenofobia mexicana soltaba su bilis en la esfera de las letras y de las artes, como es debido. La cultura que duda de sí misma no se siente enriquecida con el patrimonio literario y artístico de la humanidad, sino perseguida, envenenada y torturada por el lugar que ocupa o no ocupa ahí, ante los demás. Sucumbe a la constante obsesión de que en el extranjero no se le rinde el homenaje que se le debe; lleva por todas partes y en todo momento, la llaga viva de una negación de justicia imaginaria.

En una cena con pocos amigos en el restaurante *El taquito*, que en la capital servía la comida mexicana más auténtica, con los gusanos de maguey, el mole poblano, y pulque recién traído de Puebla como bebida, me encontré sentado frente a Rodolfo Usigli, autor dramático y muy agradable conversador. Bajito, elegante, culto, mordaz, casado con una bonita mujer, había cubierto poco antes las funciones de agregado cultural en la embajada de México en París. Lo veía a menudo y me gustaba hablar con él, sin dejar de tener cuidado, pues lo sabía quisquilloso, listo para hacer explotar su amor propio, tanto personal como nacional. Durante el último año de mi estancia, había comenzado el esbozo de *Pourquoi des philosophes?* (*¿Por qué filósofos?*) y soltado las primeras migajas sobre el papel. Le deslicé a Usigli una alusión a mis nuevas ideas "revisionistas" sobre la materia. Me miró, endureciendo la mirada tras los anteojos redondos de plata, y articuló, separando las sílabas: "Nietzsche escribió: la filosofía, es la poesía en el centro." —"Hermosa fórmula", repliqué por mera pereza y buscando en vano en mi cabeza dónde Nietzsche, que todo lo ha dicho, y lo contrario, habría podido soltar ese aforismo aproximado. "Pues no es de Nietzsche, es mío", anunció Usigli, y se enderezó. "Si es de usted, le dije, entonces me gustaría que lo discutiéramos, ya que, muy afortunadamente, al contrario de Nietzsche, que ya no puede contestar, usted está aquí, y bien vivo. No creo que se pueda reducir toda la filosofía a la poesía. Esa asimilación, en todo caso, hubiera contrariado mucho a la mayoría de los filósofos y de los poetas del pasado. Por otra parte, no veo de qué "centro" quiere usted hablar." Entonces estalló: "¡Siempre es lo mismo! Esa idea le pareció genial cuando creyó que era de un autor europeo! Y la juzga mala al descubrir que es de un autor mexicano." No acababa de soltar un torrente de amargura.

Sería injusto omitir que en general, los escritores mexicanos más talentosos se dispensaban de colocarse en la cabeza las anteojeras del chovinismo cultural y figuraban, por el contrario, entre los espíritus más cosmopolitas que había conocido. Esa era la cualidad de un príncipe del ensayo, Alfonso Reyes, que a menudo me pedía que lo visitara para escucharlo. La literatura de todos los lugares y de todos los tiempos formaban con él uno solo, al grado que nunca logré invitarlo a mi casa o al restaurante, porque decía: "quiero que me recuerde únicamente en mi entorno, entre mis libros." El universalismo de las lecturas y de los intereses, por encima de las fronteras y de las lenguas, también alimentaba la inteligencia del mayor escritor mexicano de nuestra época, Octavio Paz, que conocí personalmente mucho más tarde, pues durante mis años mexicanos, él vivía en Europa. Después dejó Europa para ser embajador en Nueva Delhi. Si hubiera podido encontrarme con él cuando yo estaba en México, sin duda me habría ilustrado sobre sus colegas, que tanto me intrigaban. Pues el hombre de cultura en general, en México, tal como lo había yo conocido en esos tiempos remotos, vivía un doble tormento. Además del principal objeto de resentimiento de todo mexicano: los Estados Unidos –los gringos–, había otro: Europa. De tres pintores célebres de la escuela llamada "fresquista" mexicana, uno, José Clemente Orozco, acababa de morir. Pero tuve varias conversaciones laboriosas con los otros dos, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Adquirí un conocimiento desgraciadamente exhaustivo de su obra y sobre todo, los vi trabajar. Ambos estalinistas, estos revolucionarios atiborrados de encargos y de prebendas burguesas ensuciaban los edificios públicos



con murales ramplones, bastardos del énfasis expresionista y de la vulgaridad realista socialista. Uno se habría consolado absteniéndose de verlos. Pero escapar de ellos era tan imposible como evitar en la Unión Soviética, en el mismo momento, las deyecciones de Guerassimov, el pintamonas jdanoviano tan estimado por Aragon. Siqueiros y Rivera habían instaurado un bloqueo contra cualquier llegada de pintura extranjera. Cuando el Instituto francés propuso una muy modesta exposición de simples reproducciones de pinturas impresionistas, en colores y con las dimensiones reales, hechas según el muy reciente procedimiento Hoepli de facsímil, Diego Rivera, que era profesor en la escuela de Bellas Artes, prohibió a sus estudiantes que la visitaran: ¡Incluso el arte del siglo XIX podía corromperlos! Y sobre todo, al maestro le ofendía cualquier competencia, pasada, presente y por venir, con pretextos progresistas y patrióticos. Cuando el Instituto reunió los fondos necesarios para la creación de una beca que le permitiría a un joven artista mexicano pasar un año en París –y viajar por Europa– invitamos a Siqueiros a participar en el jurado. Se negó, arguyendo que un becario mexicano no podría adquirir en Europa sino los defectos más reaccionarios. "¿Mandar a alguien allá?" me dijo, mientras yo lo detenía por un botón del saco, sobre la banqueta de la calle Nazas, en que se encontraba el IFAL, y todavía intentaba convencerlo, "¿Mandar a alguien allá?" gritó. "¿Para que nos regrese un pequeño Picasso, un pequeño Matisse? "Me permití murmurar que en el fondo eso no estaría tan mal. Pero no captó la ironía. Cualquier chofer de taxi mexicano, cuando se daba cuenta de que llevaba a un extranjero, le preguntaba, con una gran sonrisa y seguro de la respuesta: "Según usted, ¿cuál es la ciudad más linda del mundo?" Usted sabía que no le quedaba más remedio que articular mecánicamente estas tres palabras: "México, por supuesto". ¡Pero el chofer, al menos, no le impedía viajar para conocer las otras capitales! Toda cultura puede verse empujada, por vicios internos que no sospecha, a provincializarse o a reprovincializarse. La cultura francesa, antes orientada hacia lo universal, se provincializó a partir de 1970. Y asistí a la reprovincialización, durante los años ochenta y noventa, de la cultura americana, tan abierta veinte años antes. El único pintor mexicano, en los años cincuenta, que alcanzó fama internacional, Rufino Tamayo, se hallaba, por ese hecho y por el hecho de su talento, excomulgado por Rivera y Siqueiros, porque tenía demasiado éxito en París y en Nueva York. Pero al mismo tiempo, cuando a Siqueiros le cayó del cielo un pequeño premio de segundo orden que le había otorgado el jurado de la Bienal de Venecia, se precipitó a Italia para recibirlo: ese año, el diablo dejó de ser europeo por un tiempo.

Cuando el jurado del Festival de Cannes coronó *Los olvidados* en 1951, Buñuel se convirtió de pronto en un "verdadero" mexicano. Pues los españoles naturalizados en virtud del decreto de Cárdenas, y todos los demás naturalizados, por cierto, del origen que fueran, padecían la discriminación de no exhibir en su pasaporte la mención: "mexicano por nacimiento" –el sacrosanto "por nacimiento"–, restricción que les vedaba ciertos empleos, en virtud de cuotas xenófobas. Pero tan pronto el sol de Cannes brilló sobre esa película, iluminando a México por entero, borró como por milagro las raíces ibéricas del realizador premiado. Él, cierto tiempo después, me llamó por teléfono para invitarme a una comida en *El taquito* con el fin de festejar su premio, y me dijo: "Quisiera ofrecer un pequeño banquete en honor de mis antepasados aztecas".

Experimenté de nuevo mis sensaciones mexicanas con un desprecio apiadado y consternado ante la xenofobia cultural francesa, cuarenta años después, cuando sonaron los chismes burlescos de la "excepción cultural" –traducir: de la impotencia creadora– destinados a sustraer con reglamentos proteccionistas la televisión y el cine franceses a la competencia extranjera, sobre todo norteamericana. Pero la ridiculez, que en el mexicano conservaba un aspecto bonachón de presunción instintiva y de fanfarronada rudimentaria, era erigida con insistencia en teoría sutil por el francés, con su testarudez razonadora. Entonces subió rápidamente, gracias a la razón cartesiana, a las cimas de la debilidad mental. Vencimos al sobado Everest de la vulgaridad mundana cuando el charlatán acreditado para las relaciones y las subvenciones públicas del cine francés, Daniel Toscan Du Plantier, al enterarse de que un temblor había destrozado parte de Hollywood, en 1993, exclamó: "¡Dios tomó partido por la excepción cultural!" Entonces pensé que todo francés tenía que aprender de memoria y aplicar para sí mismo, ya que se trataba de cine, la primera frase del monólogo interior que pronuncia Orson Welles, al principio de *La Dama de Sanghai*: "*When I start out to make a fool of myself, then very little can stop me*": "Cuando empiezo a comportarme como un idiota, entonces casi nada puede detenerme".

Fatalidades fortuitas

Nuestros duelos y nuestros amores sólo tienen interés para los demás a partir del momento en que dejan de tenerlo pata nosotros y que podemos novelarlos. Por eso, en septiembre de 1952, les oculté a mis colegas, a mis amigos y a mis superiores, la noticia que acababa de recibir de Francia: la muerte de mi padre. Sin embargo, esta muerte me hundió en un extravío y una

pena en contradicción con mis sentimientos filiales, al menos desde la Ocupación y la Liberación. Me encontraba en un taxi cuando abrí la carta que me acababan de entregar en el Instituto Francés. Venía de Chambéry, donde vivían mis padres entonces, pero la escribía Léon Petit, el abogado marsellés, el mejor amigo de mi padre. "Querido hijo, fue imposible salvarlo...falló el corazón..." En realidad, no era el corazón el que había causado su muerte, pues era el resultado inevitable de un cáncer de pulmón, de evolución muy rápida. Ya mi madre me había escrito, algunas semanas antes: "Los médicos no me dejaron ninguna esperanza en relación a papá." Pero algo en mí se había negado a tomar al pie de la letra esta siniestra noticia. Le escribí al doctor Imbert, quien al responderme me había inundado con ese lujo de detalles superficiales y de información técnica que dan los médicos a los parientes cercanos cuando saben que el enfermo está perdido. "Que consulte a Fulano en Lyon, de mi parte", me decía, incitándome a creer que esa visita inútil podría servir todavía para algo. Aunque previsto, el deceso me golpeó como si no lo hubiera sido, y sobre todo, como si yo hubiera conservado para mi padre un afecto intenso, manifestado asiduamente en una frecuentación cotidiana, si bien antes de mi salida de Francia lo veía lo menos posible, y desde entonces, casi nunca le escribía. Me puse a llorar en el del taxi sin poder contenerme. Y más tarde, no en México, en que, como acabo de decir, prefería ser discreto, sino en Nueva York, en el camino de regreso, y más aún, una vez de vuelta en Francia, me sumergí en el culto del duelo interior y llevé por varios meses sus señales exteriores, sobre todo las vestimentarias, con una ostentación maniática. Una vez, en un café de la plaza de la Madeleine, estuve a punto de abordar a un desconocido porque había notado que llevaba una gasa de luto en el reverso de su saco; estuve a punto de preguntarle: "¿Entonces, ¿usted también perdió a alguien?", como para crear una especie de asociación internacional del luto. La suerte me libró del golpe que siempre más temí y que hubiera sido el más destructor para mi ser: la muerte de uno de mis hijos. Pero después, ningún deceso me vació tanto el alma, ni siquiera el de mi madre, a la que sin embargo me unía una ternura mucho mayor que a mi padre en la práctica de la vida.

El único de mis superiores al que comuniqué esa desgracia familiar, fue el embajador, y con un interés específico: conseguir su autorización para volver a Francia antes de la fecha prevista por el reglamento: enero de 1953. Alegué que mi partida a finales de septiembre de 1952 no perturbaría en nada el servicio. Era cierto: las vacaciones escolares, en México, eran en aquellos tiempos del primero de octubre al primero de enero, aunque el país esté situado en el hemisferio norte. Pero el invierno es la temporada de secas, en que también a nivel del mar, en Acapulco y otros lugares balnearios, el calor se reduce y agobia menos a los vacacionistas de la capital, acostumbrados a la relativa frescura de los 2300 metros de altura de esa ciudad. Hoy, México se ha alineado al calendario escolar de los Estados Unidos y de Europa.

La muerte de mi padre y la preocupación "filial" de estar con mi madre "en ese periodo doloroso" fueron argumentos que convencieron al embajador, hombre bueno, protestante severo, con una aguda conciencia del sentido del deber y de la familia. Pero yo tenía otro motivo secreto, que oculté con ciudado, para largarme lo antes posible.

En el número de mayo de 1952 de la revista *Esprit*, que entonces dirigía el autor de un libro que circulaba mucho en mi época de preparación a la Escuela Normal Superior, *El alma romántica y el sueño*, Albert Béguin, sucesor reciente de Emmanuel Mounier, yo acababa de publicar un artículo de unas treinta páginas apretadas, titulado *Democracia mexicana*. Era un requisitorio minucioso contra la dictadura, disfrazada de democracia, del "sistema PRI" y contra algunas otras deformaciones de la sociedad, de la mentalidad y de la cultura mexicanas.

Si bien compartía algunas orientaciones políticas "de izquierda" de esta revista, en cambio carecía de toda afinidad con el "personalismo cristiano" que constituía su base doctrinal. Ya había absorbido demasiada de esa limonada bendita al padecer las prédicas de Jean Lacroix, mi profesor de filosofía en los cursos de preparación a la Normal, en Lyon. En esos tiempos, me invadía la fijeza de la idea anticlerical, y me irritaban aún más los perendengues "progresistas" del catolicismo marxizante que las cegueras mochas de la Iglesia de Pío XII. Por lo que hubiera elegido más bien otra revista, de haber podido hacerlo, pero, desconocido y exiliado, no tenía muchas posibilidades. En cambio, una magnífica oportunidad me permitió conocer en México a Tibor Mende, autor estimado de análisis y reportajes sobre los países subdesarrollados. Acababa justamente de leer *La India ante la tormenta*, en que había admirado un nuevo modo de describir las dificultades de las civilizaciones a la vez atadas por el arcaísmo y obligadas a modernizarse para salir de la pobreza. Los obstáculos para el desarrollo, como bien lo mostraba, eran externos, ciertamente, pero también internos. Este trabajo, en que alternaban los conocimientos generales y las observaciones particulares, la teoría económica y lo concreto cotidiano, inauguraba un género con la promesa de un fecundo porvenir. Había tenido un éxito cuya resonancia había llegado hasta México. Mende preparaba ahora su siguiente libro, *América*

Latina entra en escena. Húngaro de origen, nacionalizado francés, y de expresión inglesa (había hecho sus estudios superiores en Cambridge), tenía esa visión unilateral del mundo que yo mismo me estaba esforzando por adquirir. Simpatizamos. Le fui útil. Le abrí los ojos sobre México más rápido que si los hubiera abierto él solo. Me lo agradeció, utilizó mis indicaciones para su trabajo, pero en vez de apropiárselas todas sin escrúpulos y sin citar la fuente, según el uso posterior de los plumitivos de finales de siglo, me ofreció darme una oportunidad para expresarme por mi cuenta, e intervino para que apareciera un estudio de mi creación sobre ese tema en Francia. Seuil era su editor, y lógicamente me abrió las puertas de la revista que publicaba esta editorial: *Esprit*. Unas semanas después del paso de Tibor Mende, envié mis cuarenta hojas y pronto recibí una carta de aceptación de Albert Béguin.

Si menciono como una singularidad la probidad profesional de Tibor Mende en esa ocasión, es que desde entonces ha dejado de parecer algo normal, de tanto que se implantaron costumbres de saqueo y de plagio. Para los escritores de la generación de 1950, todavía era un honor señalar los contemporáneos a los que se debía una inspiración, una información, un giro literario. Para los autores bulímicos de la generación de 1970, esta honradez se hizo tan inconcebible como sería para el dueño de un café dar a sus clientes la dirección del cafetín de enfrente. Tal vez esta inversión de las reglas inmemoriales de la civilización provenga de la ansiedad febril extendida en el rebaño literario por la irrupción de los medios masivos de comunicación. Cuando ya sólo se siente la propia realidad al modo en que la abordan los medios, la obra pierde su autonomía en beneficio exclusivo del eco que suscita.

> Muros, objetos, cuerpos, todo te refleja.
> ¡Todo es espejo!
> Tu imagen te persigue,

Canta Octavio Paz en *El prisionero*, que traduce muy bien J.C. Masson. Así, los "postescritores" de fines de siglo, como se dice posmoderno o posfascista, jalan, cada quien hacia sí, los pedazos de ideas que pueden hurtar de pasada, como el áspero campesino de antaño que siempre intentaba hacer trampa con unas cuantas pulgadas del terreno del vecino, confiando en que ese robo pasaría inadvertido en el pueblo, aun si la víctima llegaba a protestar un poco. Por mi parte, si he renunciado a guardarles rencor a mis propios plagiarios, me abstengo sin embargo de participar en la promoción de sus libros, aunque tengan a menudo el aplomo de pedírmelo.

A la vez por respeto al "deber de reserva", requerido por todo funcionario, sobre todo en el extranjero, y por "temor natural a los golpes", como el Panurgo de Rabelais, yo había exigido de Béguin y de Mende una promesa de discreción inviolable, y había firmado mi artículo con el seudónimo de Jacques Séverin, dado el ímpetu de mis asaltos contra las realidades y los sueños mexicanos. Nunca he buscado muy lejos mis seudónimos: Séverin era el nombre de una tienda de camisas y de corbatas, en la calle Paradis, en Marsella, cuyo patrón era el padre de uno de mis compañeros de colegio. Revel (que se volvió mi apellido en 1977), era el nombre de un restaurante cuyo patrón cocinaba un estofado irrefutable, en la calle de Montpensier, frente a la casa de Jean Cocteau y Emmanuel Berl. A menudo comía ahí con Bobby de Pomereu, Paul Gégauff y otros compañeros de mis años bohemios, antes de mi salida a México. Al protegerme detrás de "Séverin", en verdad no pensaba evitar respuestas mexicanas. Intentaba sobre todo ahorrarme eventuales regaños del "Departamento", del embajador y de mis superiores, pues no me imaginaba que *Esprit*, revista de calidad, pero de difusión restringida, le aseguraría a mi artículo una audiencia que sobrepasaría un círculo estrecho de intelectuales franceses.

Pues muy por el contrario, lejos de pasar inadvertido en México, en donde por lo regular no había siquiera seis personas que la leyeran, *Esprit* provocó, en mayo de 1952, y durante varios meses, un sismo psicológico nacional. Vi llover con estupor los titulares de los periódicos que denunciaban "un torrente de insultos contra México y los mexicanos", "una acumulación delirante de calumnias contra el pueblo, los dirigentes y los intelectuales de nuestro país" y otros llamados al levantamiento en masa contra un nuevo enemigo de la patria. En las cenas, en las comidas, en las recepciones, oía que todos comentaban mi papel. Cuando los asistentes eran mexicanos, una indignación sagrada marchitaba el contenido mismo de mi descripción. Cuando los convidados eran extranjeros, sobre todo franceses, concedían que el retrato de costumbres hecho por el folicular desconocido no carecía de exactitud, pero desaprobaban la ferocidad del trazo, que juzgaban excesiva. Por temor a traicionarme, yo no podía, por supuesto, defender mi obra. Ponderaba con prudencia cobarde las diatribas que me pisoteaban y a veces, mi enojo contra mí mismo, a fuerza de ardor en la simulación, acababa por hacerse sincero.

La irritación imperante –y ambigua– se encendía tanto más cuanto que nadie lograba adivinar quién era el autor del crimen. Para desviar las sospechas, tomé la precaución adicional de deslizar en el texto una frase en que el autor decía que "había salido de México en octubre de 1951". En París, Torres Bodet,

el intelectual mexicano que era entonces director general de la Unesco, en vano le llamó por teléfono a la revista para saber quién era Séverin. En México, sólo Álvaro Custodio sabía la verdad, ya que me había proporcionado elementos y aconsejado correcciones. Desde luego, confiaba plenamente en él. En cambio, sentía, por señales cada vez más frecuentes, durante mis encuentros, que mis interlocutores, al recordar conversaciones en que había desarrollado puntos de vista cercanos a los del papel de *Esprit*, sospechaban que yo era el responsable. Me lanzaban ojeadas cargadas de sobrentendidos, y me deslizaban al oído: "En el fondo, sabe, aunque soy mexicano, estoy bastante de acuerdo con Séverin." Fue con alivio que subí, a finales de septiembre de 1952, en el avión para Nueva York, junto con Yahne y los niños.

Diez años después, conocí en París al escritor mexicano que más estimaba: Octavio Paz. Lo encontré en la inauguración de una exposición de Miró, en la galería Maeght. Nos presentamos, y de inmediato me dijo, con desapego y naturalidad, como para mencionar de paso algo notorio: "Su artículo en *Esprit* estaba muy bien. Un artículo histórico. Tenía toda la razón, y nos hizo mucho bien." Encantado y estupefacto, ni siquiera le pregunté cómo había descubierto la fuente, pues se había lanzado sin transición en un paralelo, mucho más interesante, entre la poesía en Europa y la poesía en América Latina.

Saqué dos lecciones de esta experiencia. La primera, a fin de cuentas muy alentadora, que la repercusión de un texto sólo depende en parte de la amplitud de la difusión del órgano en el cual aparece (o, si se trata de un libro, de su tiraje inicial). Depende sobre todo de su carácter inesperado, y de la claridad con la que explicita lo que muchos lectores pensaban confusamente sin lograr formulárselo. *La literatura en el estómago* de Julien Gracq, que puso a hervir en 1947 a toda la república de las letras, apareció primero en una oscura revista, junto a la que *Esprit* aparecía como publicación de gran prensa. Si el panfleto de Gracq circuló sin tardanza por todas las manos y en todas las conversaciones, es porque el autor, como pionero, ponía el dedo sobre las modificaciones de la transmisión cultural debidas a los medios de comunicación nacientes, y con un estilo de pura-sangre que abrasaba el espíritu, ahí en donde el estilo de los percherones sociológicos lo empantanaba.

La segunda lección es menor, pero no para los escritores. Consiste en que deben tomar todas las precauciones para impedir que un alma bien intencionada añada a un texto una "corrección" sin que él lo sepa. Al inicio de mi artículo sobre México, menciono la Revolución de 1910. Algún torpe, en la revista *Esprit*, añadió entre paréntesis lo siguiente: " Es decir la Reforma". La reforma es la reforma liberal que tuvo lugar en el siglo XIX. No tiene nada que ver con la Revolución de 1910. Cualquiera que posea un conocimiento elemental de la historia de México, sería incapaz de cometer semejante sandez. ¡Cuántas veces, durante todo el verano de 1951, me echaron la bolita de la "Reforma" como prueba de la incompetencia del ignaro de Séverin! ¡Era un suplicio, y tenía que contenerme para no defenderlo, no contestar que no era el verdadero responsable del error! Pero mi obligada duplicidad me prohibía esa satisfacción vengadora. En *Para Italia*, publicado en 1958, evoco, en algún lugar, la muerte de Gramsci, "en su cárcel de Turi", oscura localidad en que la policía fascista había encerrado al pensador marxista. Mi corrector de pruebas, convencido de que era un error de máquina, corrige Turi y pone Turín. No me percato de eso cuando sale el libro. Y mi traductor italiano, a pesar de ser mi amigo y uno de mis antiguos alumnos, aunque no mi más deslumbrante logro pedagógico por lo demás, traduce con toda naturalidad Turín por Torino, sin dudarlo un instante. De inmediato, carcajadas en toda la península: "¡Pretende conocer Italia y confunde Turi con Turín!" Esas fruslerías no afectan el fondo, pero pueden desviar de él. Hacen perder tiempo inútilmente y el hilo de los argumentos, al calor de las polémicas que siguen la publicación de un libro. La buena fe no es la virtud más extendida en el hombre, y con frecuencia, lo accesorio provoca que le hagan un proceso a uno, y así se elude mejor lo esencial. ≺

